

## CRÓNICA DE MIL COLORES.

### I

Hubo una vez una jovencita en un pueblo, tan bonita que daba gusto verla! La belleza de la mozuela traía locas á la madre y á la abuela: la abuela desempeñaba el destino de ama de llaves en el castillo de Saint-Loup.

La muchacha no era más ni menos sencilla que sus compañeras; lo que sucedía era que desde un viaje, que hizo á París con su abuela se había aprovechado tanto, que imitando el «chic» de las parisienses, pasaba por la más graciosa é interesante de su pueblo.

¿Qué pasó con este viaje á la capital del mundo civilizado?

Nada digno de referirse. La abuela lo había emprendido para ir á recoger un legado de algunos centenares de escudos, que se disiparon como el humo en la compra de golosinas y adornos para uso de la nietecita, que había querido ensayar sus dientes de pequeniuela en el gran arte de engullir herencias.

### II

A los trece años, nuestra heroína ya no era una niña; tenía el talle fino y bien formado, el seno blanco, los ojos grandes y negros, y las manos blancas y pequeñas.

Era coqueta,

Maliciosa,

Provocativa,

Voluntariosa,

Vanidosa,

Glotona,

Caprichosa,

Curiosa,

É hipócrita;

Reunía, en suma, todas las cualidades que son necesarias á una joven hecha ya y derecha.

En el estío, para precaverse del aire que raja el cutis, y del sol que lo quema, tenía la costumbre de usar un pequeño paño de sol, de lana.

En invierno usaba el mismo paño de sol, comprendiendo con su naciente coquetería que le estaba muy bien.

A la costumbre de usar ese tocado un poco extravagante debía el sobrenombre con que era conocida, más bien que á su semejanza con la Caperucita encarnada, que el malvado lobo se encontró tan confiada, como tierna y succulenta.

### III

Un día, su madre, que había hecho cocer galletas, le dijo:

«Vé á ver al castillo cómo está tu abuelita, pues me han asegurado que está enferma, y le entregas de mi parte esta galleta y este botecito de mantequilla.»

La jovencita, que no deseaba, ni tenía otra ilusión que la de correr á través de los campos y sembrados, tomó el botecito de mantequilla en la mano derecha, puso la galleta bajo su brazo izquierdo, y se lanzó al campo ligera como una mariposa que ensaya sus nacientes alas.

Tenía quince años, edad dichosa en que el alma se entrega al amor como la flor á los rayos del sol, y no sabía conjugar el verbo amar tal como nos lo enseñan los gramáticos.

Pero en cambio tenía en los dedos de la mano, sin haberlo aprendido, el arte tan complicado de la teneduría de libros por partida doble, según los métodos antiguos y modernos.

El Debe y el Haber no tenían dificultades ocultas para ella.

Capital!

Interés!

En Caja!

eran las solas palabras que contenía su diccionario.

Interin que sus pequeñas compañeras decían: Yo te amo! á todo lo que respira, al pájaro que pasa y al enamorado que se detiene, ella decía: Si, como lo espero, á los veinte años he puesto en caja un millón, los intereses capitalizados me darán bien pronto dos; y cuando tenga tres, pensaré en que soy joven.

Ved el secreto de esta anomalía:

Las buenas hadas que presidieron el nacimiento de nuestra heroína, habían llevado el colmo de sus favores hasta privarla de ese órgano de lujo, que se llama corazón y que es la causa primitiva de todos los males y todas las penas humanas.

### IV

En una de sus correrías, la Caperucita color de rosa, se encon-

tró una mañana al hijo único del viejo barón de Saint Loup, en compañía de su preceptor.

Las miradas de ambos jóvenes se cruzaron como un doble fuego de artillería.

La aldeanita no bajó la vista ante este encuentro. Por el contrario miró fijamente al caballero Avenant de Sain-Loup y le sonrió enseñando sus hermosos dientes:

«Buenos días, monseñor!»

El joven se ruborizó como hubiera debido hacerlo la aldeanita, y balbució un:

«¡Buenos días, señorita,» apenas perceptible.

El caballero Avenant tenía veinte años ya cumplidos, una figura simpática, ojos azules como el azul del cielo y cabellos rubios como los de Apolo; pero su inteligencia no correspondía á las cualidades antes dichas; era un poco simplón por no decir una palabra algo más dura á propósito de tan amable caballero.

—¡Hé aquí un guapo mozo, djóse á sí misma la Caperucita color de rosa, después del primer encuentro. Pronto lo engulliré y haré que me ame hasta el delirio, ó más bien haré que se case conmigo, lo que viene á ser lo mismo.

Ya lo tengo guardado aquí y acá, añadió ella tocándose la frente y el lugar en que los demás tienen el corazón; día vendrá en que llegué á ser la mujer del hijo de mi señor.

A pesar de la revolución que cree torpemente haber abolido para siempre los títulos y señoríos, el hombre que habita el castillo ó la mejor casa de campo de una aldea, es siempre el señor á los ojos de los paisanos, que se creerían deshonrados si no pudieran dar este nombre á alguien, aunque fuese este alguien un pillo enriquecido en el presidio ó un boticario retirado.

## V

Dos montañas no se encuentran, dice la sabiduría de las naciones, pero dos jóvenes sí se encuentran; sobre todo, cuando no tienen más deseo que el de encontrarse.

La Caperucita color de rosa siguió encontrándose varias veces, en el camino, á Avenant, por casualidad algo prevista y arreglada de antemano.

El jovencito se ruborizaba aún, pero se ruborizaba menos; pronto dejó de ruborizarse; llegó á articular palabras casi inteligibles. después frases muy claras. En fin, un día, día tres veces dichoso, se atrevió á tomar la mano de la aldeanita y llevarla con galanteoría á sus labios.

Desde ese momento las citas se sucedieron sin interrupción, y la astuta muchachuela, queriendo precipitar el desenlace que había

soñado, preparó su red con maquiavelismo digno del difunto Lovelace, que jamás ha existido.

## VI

Partió, pues, para el castillo con su galleta y su botecito de mantequilla.

Interin consideró que su madre podía verla, siguió el camino real con paso menudito, tal como una persona razonable debe andar sobre el piso cuidado por el señor prefecto; pero al primer recodo del camino cambió bruscamente el rumbo y á todo correr tomó por una vereda que conducía directamente al parque del castillo de Saint-Loup, lugar en donde estaba segura de encontrar al caballero Avenant. Había apenas comenzado su loca carrera, cuando de repente se encontró frente á frente con el viejo de Saint-Loup, que volvía de caza.

—A dónde vais tan de prisa hermosa niña? le dijo tomándole las dos manos.

—Voy al castillo, señor barón, voy entregar esta galleta y este botecito de mantequilla á mi abuelita, respondió la Caperucita color de rosa, bajando los ojos con mucha humildad y candidez.

—Si vas al castillo iremos juntos, pequeñuela; é incontinentemente trató de darla un beso.

—Imposible, dijo la aldeanita, salvándose con la ligereza de una cervatilla espantada; yo no voy por el mismo camino que el señor barón.

—Qué importa eso, tu camino será el mío.

—¿De veras? pues el mío no será el vuestro; mi madre me ha recomendado mucho que evite la compañía de los hombres, y sobre todo la de los lobos.

—Cruel niña, según eso, tú no quieres amarme.

—¿Que no os amo, señor barón? todo lo contrario, os estimo y os venero.

—¿Quién diablos te pide tu veneración? exclamó el barón enojado, ¿acaso soy yo un vejancón de ciento y siete años? Ah! si quisieras escucharme un rato..... nada más que un rato, yo haría por agradarte.

—¿De veras?

—A fe de gentil hombre! Haz la prueba inmediatamente.

—Pues bien, llevad mi galleta y mi botecito al castillo. Depositadlo en el despacho, de donde yo lo tomaré y os quedaré reconocida.

Te los llevaré y más tarde te diré como entiendo yo el reconocimiento. ¿Cuándo te volveré yo á ver, mascarita?

—Probablemente mañana temprano..... porque ya es bastante

tarde, y tendré que quedarme en el castillo con mi abuelita. Hasta otra vista, señor barón; y volvió á emprender su carrera.

—Ah! si tú quisieras, si tu quisieras..... gentil caperucita color de rosa, díjole de nuevo el viejo barón de Saint-Loup corriendo y cojeando tras de ella.

—Sí, sí, está bueno, ya conozco vuestro refrán, me lo habeis dicho más de una vez.

—«Te amaré mucho.»

La aldeanita seguía corriendo.

—«Te haré rica.»

La aldeanita seguía corriendo.

—«Te haré feliz»

• La aldeanita seguía corriendo.

—Te haré baronesa de Saint Loup.»

La aldeanita se detuvo de repente.

«¡Baronesa!» ¿ha dicho baronesa? se preguntaba á sí misma, haciéndose todo oídos para volverlo á oír, pero inútilmente, porque el pobre señor de Saint Loup, no pudiendo más con la carrera, cayó rodando sobre el césped.

Bah! Bah! se dijo ella; pues, no soy buena tonta de preocuparme con las declaraciones de este viejo loco! Casándome con su hijo llegaré también á ser baronesa, y mi marido será joven, hermoso y tonto, tres grandes cualidades para un marido! Vete, vete, viejo loco, no has de ser tú quien se engulla á la chicuela; la chicuela, por el contrario, será quien se engulla á tu lobezno, que en verdad es guapo mozo.

## VII

Al cabo de un cuarto de hora de carrera la aldeanita llegó y se entró furtivamente en el parque del castillo de Saint Loup.

—¿Qué sucedé? díjole al joven Avenant, á quien encontró sentado sobre un banco de granito musgoso, con semblante triste y abatido, ¿qué os ha acontecido, mi hermoso caballero?

—La más grande de las desgracias.

—Os comprendo: habeis hablado de nuestro casamiento al barón y ha rehusado dar su consentimiento.

—Es la verdad.

—Me lo esperaba. Pero es igual, Avenant habeis dado una prueba de valor; y estoy contenta de vos en prueba de ello, venidme á besar en ambas mejillas como recompensa.

El joven obedeció con los ojos bajos.

Ahora, sentaos á mi lado, y hablemos seriamente, pero antes de todo dadme vuestro pañuelo, para que enjague el sudor que corre por vuestra frente. Pobre niño! aún no os acostumbrais á las lu-

chas de la vida! Mirad cómo vuestros hermosos ojos están rojos. Habeis llorado, y vuestros rubios cabellos están pegados á las sienes, como si hubierais tomado un baño. Angel querido, no tembleis así: ¿caso no estoy cerca de vos para defender nuestra felicidad? añadió ella tomando un tonito protector y volviéndose á poner el paño de sol, que se había quitado para que Avenant, pudiese con más facilidad besarla.

—Ahora volveos al castillo, y arreglad vuestras maletas de viaje.

—¿Para qué? dijo Avenant, mirando á la Caperucita color de rosa, con aire sorprendido.

—¿Cómo para qué? No habeis, pues, comprendido inocente niño, que como consecuencia de vuestra necia confesión el señor barón va á mandar espíaros?

—¡Es muy posible!

—Y ya no nos volveremos á ver.

—¡Cielos!

—Y que si nos sorprende juntos, os encerrará en vuestro cuarto.

—Es muy probable!

—Y vuestra Caperucita color de rosa morirá de pesar lejos de su amado.

—¡Jesús María!

—Tranquilizaos, le dijo ella riendo á carcajadas, ya he encontrado remedio á nuestros males. Esta tarde os robo; es decir vos me robais y partimos para Paris; allá encontraremos dinero en el bolsillo de los agiotistas, de personas de quienes diremos mucho malo después de que nos hayan servido; yo sé perfectamente como se hace todo ésto. Vos firmareis libranzas con fechas imaginarias, pagaderas al año, Vamos, miedocillo, consolaos y sonreidme, que os vea vuestros lindos dientes más blancos que la leche de mi hermosa vaca negra.

—Pero cómo pagaré dentro de un año!

—¿Es menester deciroslo? No sereis mayor de edad dentro de seis meses?

—Sí,

Pues bien, vendereis vuestros sembrados.

—Son de mi papá.....

—O vuestras hermosas granjas.

—Son también de papá.

—O vuestros lindos bosques.

—Son también de papá.

—O vuestro gran castillo

—Es de papá.

—Según eso todo es de vuestro papá? dijo la Caperucita color de rosa, levantándose súbitamente.

—Sí. Mi madre era pobre, toda nuestra fortuna pertenece á pa-

pá: pero mis dientes, mis cabellos, mis ojos y mi sonrisa que tanto amais me pertenecen.

—Esto sólo me faltaba, reflexionó la joven, fracasó mi negocio.

—Sin embargo, tranquilizaos, dijo Avenant, que con todo y su inocencia había notado el desconsuelo de su amada; he encontrado un medio infalible de conciliarlo todo, y de que al fin y al cabo me conceda mi padre la razón.

—Veamos ese medio, dijo la pequeñuela, creyendo por un instante que Avenant era menos imbécil de lo que se había imaginado.

—Partiremos juntos é inmediatamente como lo deseais: nos amaremos con ternura, trabajaremos para poder vivir. Nos casaremos cuando las leyes quieran permitirnoslo, y cuando ya tengamos media docena de chiquitos, ellos irán á arrojarle á los piés de su abuelito, que nos perdonará, tan pronto como sepa lo mucho que hemos sufrido.

—¿Ese es vuestro proyecto? Y creís señor, que sea yo una muchacha capaz de desviar á un joven de sus deberes? os equivocáis, adios—y volvióle la espalda al pobre Avenant, que se quedó lelo y aturdido con tan inesperada fuga.

E iba diciendo la Caperucita color de rosa: el barón es viejo y feo, pero rico y me adora. Pues..... en lugar del lobezno engulliréme al lobo. Es más duro, es cierto, pero al fin tengo buenos dientes.....

La joven apresuró el paso, por que la noche comenzaba ya á sombrear la tierra; no se distinguía más que una que otra luz en el castillo, y los grandes álamos movidos por el viento, parecía que saludaban á su paso á la futura propietaria del dominio.

## VIII.

Después de poner en punta sus huesos de setenta y dos años, el barón exclamó:

“Por el blasón de mis padres que me ahorquen, ni más ni menos como á un villano, si no estoy yo perdidamente enamorado de esa deliciosa Caperucita color de rosa, y si se la dejo al bonachón de mi hijo que aun no está en edad de poder apreciar bocado tan sabroso ¡Y qué! yo que tengo algo de Richelieu en el ojo derecho y algo de Lauzun en la nariz izquierda, no lograré al cabo triunfar de una aldeanita? Eso lo veremos, por la sangre azul que circula en mis venas! Las revoluciones habrán podido abolir los privilegios; pero no bastardear las razas! Yo soy lo que eran mis abuelos; valgo lo que mis antepasados. Mi tatarabuelo «messiere le Loup» se engulló á Caperucita. Yo engulliré á la mía. La de mi tatarabuelo era encarnada, la mía será color de rosa; que al fin el color no importa nada. De lo que se trata es de hacer una jugarreta,

una jugarreta á mi manera, una jugarreta á estilo de la «regencia.»

Y el barón se puso á escarbar los recuerdos de su juventud.

“A fe mía, dijose, después de haber reflexionado maduramente, que las viejas astucias son siempre las mejores, por la sencilla razón de que ya han servido muchas veces—Esta noche me introduciré en la habitación de mi ama de llaves, alejaré con cualquier pretexto á la anciana, y cuando la Caperucita llegue, veremos!

## IX.

Entre tanto que el viejo barón absorto en sus ideas anacreónticas volvía al castillo ligero, como un joven de quince años, la Caperucita color de rosa tocaba á la puerta de su abuela.

.....Toc, toc!.....

—“Quién es?”

—“Soy vuestra nieta”

La buena abuela, que estaba acostada porque se hallaba enferma le grita desde la cama:

—“Tira del cordoncillo de la tranca y la puerta se abrirá.”

La joven tiró del cordoncillo y la puerta se abrió.

Al entrar se echó en brazos de su abuela, se la comió á besos, y le contó yo no sé qué enredo.

Lo único que sí puedo decir, es, que la anciana se vistió á toda prisa, y siguió á su nieta sin vacilar hasta detrás del patio, donde fué encerrada con tres vueltas de llave, por la cruel niña, sin tener piedad de su edad venerable, ni respeto á su sagrado título de abuela.

“Si no se me ha olvidado la historia de la Caperucita encarnada de quien desciendo directamente, iba reflexionando la aldeanita mientras llegaba al cuarto de su abuela, cuarto que hacía veces también de comedor y sala, el lobo vendrá á querer engañar á la anciana, y se encontrará ya todo arreglado. Le disgustará?

—“No lo creo.

—“Entre tanto, arreglemos la mesa; se goza mejor de la conversación cenando.”

Apenas había puesto el mantel sobre una mesa vieja y coja, cuando tocaron á la puerta.

Toc, toc!

“Quién es?”

El barón de Sait-Loup, que quería entrar por astucia á un lugar al que podía presentarse como señor y dueño, respondió:

—“Vuestra nietecita me encargó que os entregase una galleta y un botecito de mantequilla que os envía su mamá.”

La Caperucita color de rosa le respondió engruesando la voz:

—“Tirad del cordoncillo de la tranca y la puerta se abrirá.”

El viejo barón tiró del cordoncillo y la puerta se abrió.  
La joven, al verlo entrar, lanzó una larga y sonora carcajada.  
—“Sentaos, señor barón, y cenemos mientras viene mi abuelita, que fué al bosque vecino para ver si las crías de cabras marchan bien.”

El barón se sentó.

Y la cena fué alegre.

Y la muchacha no se engulló al lobo, la primera noche; pero fina como el ámbar, no le permitió tampoco engullir nada.

Sin embargo, no llegó su severidad hasta el grado de desesperarlo; le concedió un poquito, muy poquito lo bastante para hacerse desear más.

## X.

Al día siguiente, el viejo barón instaló á la Caperucita en una linda casa situada á dos tiros de arcabuz del castillo, en donde vive como una princesa de las “Mil y una noches.”

Se ha engullido ya las granjas, los bosques y los prados; aun no se engulle la baronía, pero llegará á conseguirlo, por medio de este paso lento y seguro que de nadie es conocido, mas que de la mujer y la tortuga.

El barón la acaricia desde la mano hasta el codo, pero cuando le acontece querer pasar de ese punto; ella le repele con la punta de su abanico, diciéndole con graciosa sonrisa:

—“Deseo ser baronesa de Saint-Loup!”

Veinte veces por hora y cien por día, el barón oye resonar á su oído, como un toque fúnebre, estas eternas palabras.

—“Deseo ser baronesa de Saint-Loup!”

Al fin llega el día en que más enamorado y repelido que nunca cae el barón á sus piés y exclama:

—Dentro de ocho días sereis baronesa de Saint-Loup.

## XI.

Las más hábiles costureras de Paris fueron llamadas para arreglar los vestidos de la señorita que bien pronto será señora.

Todo el pueblo entra en movimiento.

Solo el caballero Avenant falta á la fiesta.

La astuta aldeanita, juzgando que un día ú otro, ese joven podría servir de obstáculo á su ambición, ha logrado que su padre lo envié á viajar para ver mundo y completar su educación. A estas horas, se encuentra en Palestina, lugar en que sus abuelos se cubrieron de gloria, allá por el año de 1160.

## XII.

El día señalado para que se efectuasen estas felices bodas, desde el amanecer, la futura baronesa ya vestida, con corsé y de guantes, está lista para la ceremonia y envía á avisar al Sr. Alcalde y al Sr. Cura.

A medio día vienen á anunciarle que todos están dispuestos y que sólo al novio esperan.

Corre ella al cuarto del barón, toca y nadie le contesta. Entra... nada.—Le llama..... nada.—Corre más muerta que viva, hacia el lecho del barón, descorre violentamente las cortinas..... y ve!—Al viejo señor de Saint-Loup que dejó de existir súbitamente.

“Vaya, vaya, murmura en voz baja sin pestañear siquiera; esto es lo que se llama nadar, nadar y á la orilla ahogar, felizmente me queda por engullir el muchachuelo!” E incontinentemente, en el mismo cuarto del difunto, escribe la siguiente carta:

“Mi querido Avenant:

“Venid, vuestro querido padre ha muerto, y vuestra Caperucita color de rosa, que os ama con ternura, os espera para conducirnos al altar.”

## XIII.

Avenant regresa por la posta; llega con bigotes grandes y engomados, más fuerte que cuando partió á la Palestina, pero ni siquiera con la mitad de la astucia de una joven de diez y seis años.

—“Querido Avenant, le dice ella al verlo, arrojándose á su cuello, cómo os he llorado! pero ya que estais aquí olvidemos todo.

—Ah! Caperucita color de rosa, qué voz tan dulce!

—Es para que te agrade, hermoso mío.

—Qué brazos tan hermosos son los tuyos!

—Es para abrazarte mejor.

—¡Qué grandes son tus ojos!

—Es para verte mejor, cielito mío.

—¡Qué blancos y menudos son tus dientes .....

—Es para morderte mejor, hermoso mío.

Y Tanto lo mordió y con tan buenos modos que al fin llegó á ser baronesa de Saint-Loup.

## MORALEJA.

El autor de quien tomo esta leyenda agrega para concluir: Si no os habeis burlado de mi cuento, queridos y honrados lectores debeis convenir conmigo en que los tiempos, las jóvenes y los hombres han cambiado mucho! Hoy ya no es un lobo quien se engulle á la chicuela; la chicuela es quien se engulle al lobo.

## HISTORIA DE UN PESO FALSO.

¡Parecía bueno! ¡Limpio, muy cepilladito, con su águila, á guisa de alfiler de corbata, y caminando siempre por el lado de la sombra, para dejar al sol la otra acera! No tenía mala cara el muy bellaco y el que sólo de vista lo hubiera conocido no habría vacilado en fiarle cuatro pesetas. Pero..... crean Udes. en las canas blancas y en la plata que brilla! Aquel peso era un peso teñido: su cabello era castaño, de cobre, y él por coquetería, porque le dijeran «es Ud. muy Luis XVI» se lo había enpolvado.

Por supuesto, era de padres desconocidos. ¡Estos pobrecitos pesos siempre son expósitos! A mí me inspiran mucha lástima y de buen grado los recogería; pero mi casa, es decir, la casa de ellos, el bolsillo de mi chaleco, está vacío, desamueblado, lleno de aire y por eso no puedo recibirlos. Cuando alguno me cae, procuro colocarlo en una cantina, en una tienda, en la contaduría del teatro; pero hoy están las colocaciones por las nubes y casi siempre se queda en la calle el pobre peso.

No pasó lo mismo, sin embargo, con aquel de la buena facha, de la sonrisa bonachona y del águila que parecía de verdad. Yo no sé en donde me lo dieron; pero sí estoy cierto de cual es la casa de comercio en donde tuve la fortuna de colocarlo, gracias al buen corazón y á la mala vista del respetable comerciante cuyo nombre callo por no ofender la cristiana modestia de tan excelente sujeto y por aquello de que hasta la mano izquierda debe ignorar el bien que hizo la derecha.

Ello es que, como un beneficio no se pierde nunca, y como Dios recompensa á los caritativos, el generoso padre putativo de mi peso falso no tardó mucho en hallar á otro caballero que consintiera en hacerse cargo de la criatura. Cuentan las malas lenguas que

este rasgo filantrópico no fué del todo puro; parece que el nuevo protector de mi peso (y téngase entendido que el comerciante á quien yo encomendé la crianza y educación del pobre expósito, era un cantinero) no se dió cuenta exacta de que iba á hacer una obra de misericordia, en razón de que repetidas libaciones habían oscurecido un tanto cuanto su vista y entorpecido su tacto. Pero, sea porque aquel hombre poseía un noble corazón, sea por que el cognac predispone á la benevolencia, el caso es que mi hombre recibió el peso falso, no con los brazos abiertos, pero sí tendiéndole la diestra. Dió un billete de á cinco duros, devolvióle cuatro el cantinero, y entre esos cuatro, como amigo pobre en compañía de ricos, iba mi peso.

Pero ¡vean Uds. como los pobres somos buenos y como Dios nos ha adornado con la virtud de los perros: la fidelidad! Los cuatro capitalistas, los cuatro pesos de plata, los aristócratas siguieron de parranda. ¡Es indudable que la aristocracia está muy corrompida! Este se quedó en una cantina; ese, en la Concordia, aquél en la contaduría del teatro..... ¡Solo el peso falso, el pobretón, el de la clase media, el que no era centavo ni tampoco persona decente, siguió acompañando á su generoso protector como Cordelia acompañó al rey Lear. En la Concordia fué donde lo conocieron; allí le echaron en cara su pobreza y no le quisieron fiar ni servir nada. La última moneda buena se escapó entonces con el mozo, (no es nuevo que una señorita bien nacida se fugue con algún pinche de cocina) y allí quedó el pobre peso, el que no tenía ni un real, pero sí un corazón que no estaba todavía metalizado, acompañando al amparador de su orfandad, en la tristeza, en el abandono, en la miseria!..... ¡Lo mismo que Cordelia al lado del rey Lear!

¡Deveras enternecen estos pesos falsos! Mientras los llamados buenos, los de alta alcurnia, los nacidos en la opulenta casa de Moneda, llevan mala vida y van pasando de mano en mano como los periodistas venales, como los políticos tráfugas, como las mujeres coquetas; mientras estos viciosos impenitentes trasnochán en las fondas, compran la virtud de las doncellas y desdeñan al menesteroso para irse con los ricos: el peso falso busca al pobre, y no lo abandona á pesar del mal trato que éste le da siempre; no sale; se está en su casa encerradito; no compra nada; y espera, como solo premio de virtudes tan excelsas, el martirio; la ingratitude del hombre; ser aprehendido, en fin de cuentas, por el gendarme sin entrañas ó morir clavado en la madera de algún mostrador como murió San Dimas en la cruz. ¡Pobres pesos falsos! A mí me parten el alma cuando los veo en manos de otros.

El de mi cuento, sin embargo, había empezado bien su vida. ¡Dios lo protegía por guapo, sí, por bueno, á pesar de que no cre-

yera el escéptico mesero de la Concordia en tal bondad; por sencillo por inocente, por honrado. A mí no me robó nada; al cantinero tampoco, y al caballero que le sacó de la cantina, en donde no estaba á gusto por que los pesos falsos son muy sobrios, le recompensó la buena obra, dándole una hermosa ilusión; la ilusión de que contaba con un peso todavía.

Y no sólo hizo eso..... ¡ya verán ustedes todo lo que hizo!

El caballero se quedó en la fonda meditabundo y triste, ante la taza de te, la copa de Burdeos, ya sin Burdeos, y el mesero que estaba parado enfrente de él como un signo de interrogación. Aquella situación no podía prolongarse. Cuando está álguien á solas con una inocente moneda falsa, se avergüenza como si estuviera con una mujer perdida; quiere que no lo vean, pasar de incógnito, que ningún amigo lo sorprenda..... Por que serán muy buenas las monedas falsas..... ¡pero la gente no lo quiere creer!

Yo mismo, en las primeras líneas de este cuento, cuando aun no había encontrado un padre putativo para el peso falso, lo llamé bellaco. ¡Tan imperioso es el poder del vulgo!

Todavía al caballero, en un momento de mal humor que no disculpa en él, pero que en mí habría disculpado, luego que quitaron los manteles de la mesa, golpeó el peso contra el mármol como diciéndole; ¡A ver, malvado, si de veras no tienes corazón!—¡Y vaya si tenía corazón! lo que no tenía el infeliz era dinero!.....

El caballero quedó meditabundo por largo rato. ¿Quién le había dado aquél peso? Los recuerdos andaban todavía por su memoria, como indecisos, como distraídos, como soñolientos. Pero no cabía duda: el peso era falso! Y lo que es peor, era el último!

Su dueño, entonces, se puso á hacer, no para uso propio, todo un tratado de moral.

—La verdad es—se decía—que yo soy un badulaque. Esta tarde recibí en la oficina un billete de á veinte. Me parece estarlo viendo..... *Londres-México*..... el águila..... Don Benito Juárez..... y una cara de perro. ¿A dónde está el billete?

En los zarzales de la vida deja

Alguna cosa cada cual: la oveja

Su blanca lana; el hombre su virtud!

Y lo malo es que mi mujer esperaba esos veinte. Yo iba á darle quince..... pero ¿de dónde cojo ahora esos quince?

El caballero volvió á arrojar con ira el peso falso sobre el mármol de la mesa. ¡Por poco no se le rompió al infortunado el águila, el alfiler de la corbata! La única ventaja con que cuentan los pesos falsos es la de que no podemos estrellarlos contra una esquina.

¡A la calle. La Esmeralda, que ya no baila sobre tapiz oriental ni toca donairosamente su pandero; la pobre Esmeralda que está

ahora empleada en la esquina de Plateros y que, como los antiguos *serenos*, dá las horas, mostró á nuestro héroe su reloj iluminado: eran las doce de la noche.

A tal hora, no hay dinero en la calle. ¡Y era preciso volver á casa!

—Le daré á mi mujer el peso falso para el desayuno, y mañana..... veremos! Pero no! Ella los suena en el buró y así es seguro que no me escapo de la riña. ¡Maldita suerte.....!

El pobre peso sufría en silencio los insultos y araños de su padre putativo, escondido en lo más obscuro del bolsillo. Solo, tristemente solo!

El caballero pasó frente á un garito. ¿Entraría? Puede ser que estuviera en él algún amigo. Además, allí lo conocían..... hasta le cobraban de cuando en cuando sus quincenas..... Cuando menos podrían abrirle crédito por cinco duros..... Volvió la vista atrás y entró de prisa como quien se arroja á la alberca.

El amigo cajero no estaba de guardia aquella noche; pero probablemente volvería á la una. El caballero se paró junto á la mesa de la ruleta. No sé qué encanto tiene esa bolita de marfil que corre, brinca, rie y dá ó quita dinero; pero ¡es tan chiquitina! ¡es tan mona! ¡Se parece á Luisa Theo! Los pesos en columnas, se apercebían á la batalla formada en los casilleros del tapete verde. ¡Y estaba cierto nuestro hombre de que iba á salir el 32! ¡Lo había visto! ¿Pondría el peso falso.....? La verdad es que aquello no era muy correcto..... Pero, al cabo, en esa casa lo conocían..... y.....¿cómo habían de sospechar!

Con la mano algo trémula, abrió la cartera como buscando algún billete de banco, (que, por supuesto no estaba en casa) volvió á cerrarla, sacó el peso, y resueltamente, con ademán de gran señor, lo puso al 32. El corazón le saltaba más que la bola de marfil en la ruleta. Pero, vean ustedes lo que son las cosas! Los buenos mozos tienen mucho adelantado..... Hay hombres que llegan á ministros extranjeros, á ricos, á poetas, á sabios, nada más porque son buenos mozos. Y el peso aquel—ya lo había dicho—era todo un buen mozo..... un buen mozo bien vestido.

—¡TREINTA Y DOS COLORADO!

La bola de marfil y el corazón del jugador se pararon, como el reloj cuya rueda se rompe. ¡Había ganado! Pero..... ¿y si lo conocían.....? ¡No á él.....al otro.....al falso!

Nuestro amigo (porque ya debe de ser amigo nuestro este hijo mimado de la dicha) tuvo un rasgo de genio. Recogió su peso desdefiosamente y dijo al que regenteaba la ruleta:

—Quiero en papel los otros treinta y cinco.

¡No lo habían tocado!..... No lo habían conocido.... ! Pagó el *monte*. Uno de veinte..... ¡uno de diez..... y otro color de cho-

colate, con la figura de una mujer en camisón y que está descansando de leer, separada por estas dos palabras: *Cinco pesos*, del retrato de una muchacha muy linda, á quien el mal gusto del grabador le puso un águila y una víbora en el pecho. El de á diez y el color de chocolate eran para la señora que suena los pesos en la tapa del buró. El de á veinte, el de Juárez el patriótico, era para nuestro amigo..... era el que al día siguiente se convertiría en copas, en costilla á la milanesa, y, por remate, en un triste y desconsolado peso falso!

¡Qué afortunados son los pesos falsos y los hombres pícaros!

Los que estaban alrededor del tapete verde hacían lado al dichoso punto para que entrase en el ruedo y se sentara. Pero, dicho sea en honra de nuestro buen amigo, él fué prudente, tuvo fuerza de ánimo, y volvió la espalda á la traidora mesa. Volvería, sí, volvería á dejar en ella su futura quincena: ó propiamente hablando, el futuro imperfecto de su quincena, pero lo que es en aquella noche se entregaba á las delicias y los pellizcos del hogar.

Cuando se sintió en la calle con su honrado, su generoso peso falso, que había sido tan bueno; y con el retrato de Juárez, con el busto de un perro, y con el grabado que representa á una señora en camisón, rebosaba alegría nuestro querido amigo. Ya era tan bueno como el peso falso, aquel honrado é inteligente caballero. Habría prestado un duro á cualquier amigo pobre; habría repartido algunos reales entre los pordioseros; caminando aprisa, aprisa por las calles, pensaba en su pobrecita mujer, que es tan buena persona y que lo estaría esperando..... para que le diera el gasto.

Puis, l'époux volage  
Rentrant au logis,  
Pour paraître sage  
Prend des airs coupts.  
Il pense á sa femme  
—Seule dans son lit—  
Et de chez madame  
Un galan s'enfuit.....!  
Voici l'aube vermeille,  
Etc.

Esto cantan en una opereta que se estrenó en París á fines del mes pasado y que se llama *El Huevo rojo*; pero esto no lo tararea siquiera nuestro predilecto amigo, porque no lo sabía.

Al torcer una esquina, tropezó con cierto muchachito que voceaba periódicos y á quien llamaban el *inglés*. Y parecía inglés, en verdad, porque era muy blanco, muy rubio y hasta habría sido bonito con no ser tan pobre. Por supuesto, no conocía á su pa-

dre..... era uno de tantos pesos falsos humanos, de esos que circulan subrepticamente por el mundo y que ninguno sabe en dónde fueron acuñados. Pero á la madre, ¡si la conocía! Los demás decían que era mala. Él creía que era buena. Le pegaba. ¡Ese sería su modo de acariciar! También cuando no se come, es imposible estar de buen humor. Y muchas veces aquella desgraciada no comía. Sobre todo, era la madre; lo que no se tiene más que una vez! lo que siempre vive poco; la madre que, aunque sea mala, es buena á ratos, aquella en cuya boca no suena el *tú* como un insulto... la madre, en suma..... ¡nada más la madre! Y como aquel niño tenía en las venas sangre buena—sangre colorida con vino, sangre empobrecida en las noches de orgía, pero sangre, en fin, de hombres que pensaron y sintieron hace muchos años—amaba mucho á la mamá..... y á la hermanita á la que vendía billetes...á esa que llamaban la *francesa*.

La madre, para él, era muy buena; pero le pegaba, cuando no podía llevarle el pobre una peseta. Y aquella noche—¡la del peso falso!—estaba el chiquitín, con el *Nacional*, con el *Tiempo de mañana*, pero sin un centavo en el bolsillo de su desgarrado pantalón. ¡No compraba periódicos la gente! Y no se atrevía á volver á su accesoria, no por miedo á los golpes, sino por no afligir á la mamá.

Tan pálido, tan triste lo vió el afortunado jugador, que quiso, realmente quiso, darle una limosna. Tal vez le habría comprado todos los periódicos, porque así son los jugadores cuando ganan. Pero dar cinco pesos á un perillán de esa ralea era demasiado. Y el jugador había recibido los treinta y cinco en billetes. No le quedaba mas que el peso falso.

Ocurriósele entonces una travesura: hacer bobo al muchacho.

—Toma, *inglés* para tus *hojas* con catalán, anda! Emborráchate. ¡Y allá fué el peso falso!

Y no, el muchacho no creyó que lo habrían engañado. Tenía aquel señor tan buena cara como el peso falso. ¡Qué bueno era! Si hubiera recibido esa moneda para devolver siete reales y medio, cobrando el *Nacional* ó el *Tiempo de mañana*, la habría sonado en las losas del zaguán, cuyo umbral le servía casi de lecho; habría preguntado si era bueno ó no al abarrotero que aun tenía abierta su tienda. Pero ¡de limosna! ¡Brillaba tanto en la noche! ¡Brillaba tanto para su alma hambrienta de dar algo á la mamá y á la hermanita! ¡Qué buen señor... Habría ganado un premio en la lotería!...sería muy rico! Quién sabe.....

¡Qué buen señor era el del peso falso!

Le había dicho:—Anda, vé y emborráchate!—... Pero así dicen todos.

Recogió el arrapiezo los periódicos, y corriendo como si hubie-

ra comido, como si tuviera fuerzas, fué hasta muy lejos, hasta la puerta de su casa. No le abrieron. La viejecita (la llamo viejecita, aunque aporreara á ese muchacho, porque, al cabo era infeliz, era padre, era madre) se había dormido cansada de aguardar al *inglesito*. Pero ¿qué le importaba á él dormir en la calle? ¡Si lo mismo pasaba muchas noches! ¡Y al día siguiente no lo azotarían..! Llegaba rico.....! con un peso!

¡Ay, cuántas, cuántas cosas tiene adentro un peso para el pobre!

Allí, en el zaguán, encogido como un gatito blanco, se quedó el muchacho dormido. Dormido, sí; pero apretando con los dedos de la mano derecha, que es la más segura, aquel sol, aquella águila, aquel sueño! Durmió mal, no por la dureza del colchón de piedra, no por el frío, no por el aire, porque á eso estaba acostumbrado, pero sí porque estaba muy alegre y tenía mucho miedo de que aquel pájaro de plata se volara. ¿Creerán ustedes que ese muchacho jamás había tenido un peso suyo? Pues así hay muchísimos.

Además, el *inglesito* quería soñar despierto, hablar en voz alta con sus ilusiones.

Primero, el desayuno... Bueno, un real para los tres! Pero los pesos tienen muchos centavos, y hacía tiempo que el *inglesito* tenía ganas de tomar un tamal con su *champurrado*. Bueno: real y tlaco. Quedaba mucho, mucho dinero..... No, él no diría que tenía un peso..... Aunque le daban tentaciones muy fuertes de enseñarlo, de lucirlo, de pasearlo, de sonárselo, como si fuera una sonaja, á la hermanita, de que lo viera la mamá y pensara: «Ya puedo descansar, porque mi hijo me mantiene.» Pero en viéndolo, en tomándolo, la mamá compraría un real de tequila. Y el muchacho tenía un proyecto atrevido: gastar un real, que iba á ser de tequila, en un billete. Y, sobre todo, recordaba el granuja que debían unos tlacos en la panadería, otros en la tienda..... y no era imposible que la mamá los pagara si él le diera el peso. ¡Reales menos!

No! Era más urgente comprar manta para que la hermanita se hiciera una camisa. ¡La pobrecilla se quejaba tantísimo del frío... Decididamente, á la mamá cuatro reales, un tostón.....y los otros cuatro reales para él, es decir, para el *tamal*, para el billete, para la manta.....y quién sabe para cuántas cosas más! ¡Puede ser que alcanzara hasta para ir al Circo!

¿Y si ganaba \$ 300 en la lotería con ese real? ¡Trescientos pesos! ¡No se han de acabar nunca! Esos tendría el señor que le dió el peso.

Vino la luz, es decir, ya estaba para llegar, cuando el muchacho

se puso en pie. Barrían la calle... Pasaron unas burras con los botes de hojalata, en que de las haciendas próximas viene la leche... Luego pasaron vacas... En Santa Teresa llamaban á misa.... ¡Jalatinas!—gritó una voz áspera.

El rapazuelo no quiso todavía entrar á su casa. Necesitaba cambiar el peso. Llegaría tarde, á las seis, á las siete; pero con un tostón para la madre, con manta, con un bizcocho para la francesita y con un tamal en el estómago. Iba á esperar á que abrieran cierto tendajo, en el que vendían todo lo más hermoso, todo lo más útil, todo lo más apetecible para él: velas, indianas, santos de barro, madejas de seda, cohetes, soldaditos de plomo, caramelos, pan, estampas, títeres..... ¡Cuanto se necesitaba para vivir! Y precisamente en la puerta se sentaba una mujer detrás de la olla de tamales.

Fué paso á paso, porque todavía era muy temprano. Ya había aclarado. Pasó por San Juan de Letrán. De la pensión de caballos salía una hermosa yegua con albardón de cuero amarillo y llevada de la brida por el mozo de su dueño, alemán probablemente. Frente á la imprenta del «Monitor» y casi echados en las baldosas de la acera, hombres y chicuelos doblaban los periódicos todavía húmedos. Muchos de esos chicos eran amigos de él, y el primer impulso que sintió fué el de ir á hablarles, enseñarles el peso..... Pero, ¿y si se lo quitaban? El cojo, sobre todo, el cojo era algo malo!

De modo que el pillín siguió de largo.

Ya el tendajo estaba abierto. Y lo primero, por de contado, fué el tamal... y no fué uno, fueron dos: ¡al fin estaba rico! Y tras los tamales, un bizcocho de harina y huevo, un rico bollo que sabía á gloria. Querían cobrarle adelantado; pero él enseñó el peso con majestuosa dignidad.

—Ahora que compre manta, cambiaré. Y pidió dos varas de manta; compró un granadero de barro que valía cuartilla y al que tuvo la desdicha de perder en su más temprana edad, porque al cogerlo, con la mano convulsa de emoción, se le cayó al suelo; le envolvieron la manta en un papel de estraza, y él, con orgullo, con el ademán de un soberano, arrojó por el aire el limpio peso, que al caer en el zinc del mostrador, dió un grito de franqueza, uno de esos gritos que se escapan en los melodramas, al traidor, al asesino, al verdadero delincuente. El español había oído... y atrapó al chiquitín por el pescuezo.

—¡Ladroncillo! ¡Ladrón...! ¡Vas á pagármelas!

¿Qué pasó? El muñeco roto, hecho pedazos, en el suelo... la india que gritaba... el gachupín estrujando al pobre chico... la madre, la hermanita, la *francesita* allá muy lejos... más lejos todavía las ilusiones... ¡y el gendarme muy cerca!

Una comisaría...un herido...un borracho...gentes que le vieron mala cara...hombres que lo acusaron de haber robado pañuelos; ¡á él que se secaba las lágrimas con la camisa! Y luego la Correccional...el jorobadito que lo enseñó á hacer malas cosas.. y afuera la madre, que murió en el hospital, de diarrea alcohólica...y la hermanita, la francesa, á quien porque no vendía muchos billetes, la compraron, y á poco, la pobrecilla se murió.

¡Señor! Tú que trocaste el agua en vino: tú que hiciste santo al ladrón Dimas; ¿por qué no te dignaste convertir en bueno el peso falso de ese niño? ¿Por qué en manos del jugador fué peso bueno, y en manos del desvalido fué un delito? Tú no eres como la esperanza, como el amor, como la vida, peso falso. Tú eres bueno. Te llamas caridad. Tú que cegaste á Saulo en el camino de Damasco, ¿por qué no cegaste al español de aquella tienda?

## Crónicas y Fantasías